

Argelia: fundamentalismo, política y violencia

GABRIEL GUERRA CASTELLANOS

Ni siquiera el Ramadán, el mes más sagrado para los musulmanes, tiempo de ayuno y de reflexión, tiempo V para la caridad, de acuerdo con El Corán, ha servido para detener la ola de violencia que amenaza con ahogar a Argelia, país considerado hasta hace apenas un lustro uno de los más desarrollados, prósperos e ilustrados del continente africano. Las más recientes masacres, efectuadas a fines de diciembre y principios de enero han dejado un saldo de cerca de 800 civiles muertos, hombres, mujeres y niños asesinados por grupos fundamentalistas armados.

Estas milicias islámicas, que no respetan edades ni sexo, que actúan con la violenta irracionalidad del fanatismo, nos confrontan nuevamente con el agresivo semblante del terrorismo, que se presenta en lugares cada vez más inesperados y de maneras cada vez más escandalosas.

Los acontecimientos en Argelia adquieren mayor relevancia en una época en la que el terrorismo parece haber perdido sus antiguas características excluyentes, tales como la ideología o los ideales nacionalistas, y entra a una nueva etapa en la que se mezclan y se confunden movimientos guerrilleros, fanatismos religiosos y políticos, narcotráfico, crimen organizado y la dosis ocasional de locura espontánea. Asistimos pues, en este decadente fin de milenio, a una pérdida de valores tradicionales que arrastra consigo a uno de los grandes absolutos del siglo xx: el terrorismo con causa y metas definidas. Es éste el "terrorismo posmoderno".

Esta es con mucho la peor ola de matanzas de civiles desde que inició la insurgencia islámica en Argelia después de que, en 1992, el gobierno anuló un proceso electoral en cuya primera vuelta habían triunfado ampliamente los candidatos religiosos del Frente Islámico de Salvación (FIS). Desde entonces, el gobierno y grupos terroristas, entre los que destaca el Grupo Armado Islámico (GAI), se han enfrentado en duras batallas de las que nadie ha salido vencedor. No obstante las numerosas proclamaciones de victorias militares por parte del gobierno, los grupos terroristas continúan actuando con gran movilidad y amplio margen de maniobra, y no parece haber rincón seguro en el país.

Los métodos de los fanáticos resultan ciertamente extraños, pues se han dedicado a atacar a la población civil, matando a ancianos, mujeres y niños, con frecuencia al amparo de la noche, en operaciones bien planeadas y ejecutadas, con tiempo de sobra para concentrar a sus víctimas antes de matarlas, de violar o raptar a mujeres jóvenes y de seleccionar a aquellos que, ya sea por su estilo de vida o por su cercanía a las autoridades, quieren usar como ejemplo aterrador para el resto de la población.

Es difícil entender cómo es que pretenden, si es que lo intentan siquiera, ganar el apoyo de la población en esta ya muy larga guerra contra el gobierno al que ellos

consideran hereje y enemigo de la fe. Para la mayoría de la ciudadanía, los ataques de los grupos islámicos no hacen más que reforzar el temor al fanatismo y apoyar las teorías gubernamentales de que no se puede negociar con los rebeldes. La coexistencia de numerosas facciones islámicas, unas más violentas, unas más moderadas que otras, no hacen sino confundir a propios y extraños, que no saben ya a quién atribuir las matanzas, muchas de las cuales no son reivindicadas por grupo alguno.

Hoy, nada ha cambiado, al tiempo que todo se ha transformado. Para empezar, la definición del terrorismo es mucho más amplia y confusa, lo que dificulta su combate. De las causas predominantemente políticas pasamos a las étnicas y/o religiosas, cuya base de apoyo es naturalmente mayor. Asimismo la vieja línea divisoria entre movimientos guerrilleros y terroristas se disuelve y es ya más semántica que práctica.

Son ya muy pocos los movimientos guerrilleros tradicionales en el mundo, e incluso en México hay quienes no encuentran diferencias fundamentales entre, digamos, el EZLN y el EPR, que de acuerdo con los clásicos son evidentes: un grupo guerrillero es aquel que aspira a conquistar y controlar una zona o región, mientras que el terrorista no tiene ambiciones territoriales.

Los movimientos guerrilleros tradicionales aspiran a "liberar" territorios, el terrorismo urbano busca subvertir el orden establecido; el movimiento nacionalista y étnico busca llamar la atención del mundo a su causa y atacar al odiado enemigo, mientras que el narco y el crimen organizado no desean acabar con el régimen, pero sí volverlo más vulnerable e ineficaz para aprovecharse de la inestabilidad y la incertidumbre.

Las masacres de civiles en Argelia son un doloroso recordatorio de que este tipo de movimiento armado no es eliminable con la fuerza bruta del Estado. Es también un mensaje para todos aquellos que creen en las soluciones simplistas de los hombres de mano dura que prometen poner orden a como dé lugar.

Según críticos del gobierno, las fuerzas del orden han participado también en actos de violencia contra la población civil, pero pese a estas acusaciones no parece haber duda acerca de cuál es la fuente principal de ataques terroristas. De hecho, en una ironía no intencional y sí muy reveladora, la mayoría de las condenas al ejército se concentran en su tardanza en reaccionar a matanzas como la del martes pasado. Según algunos testigos, las masacres duran toda la noche, y las fuerzas del orden no aparecen sino hasta bien entrado el día siguiente. Esto es prueba, dicen algunos, de que el gobierno permite las matanzas como una manera de promover el rechazo de la población a los grupos religiosos.

Extraña lógica, sean ciertas o no las acusaciones. El hecho innegable es que el gobierno argelino ha estado a la defensiva desde que se vio en la necesidad de suspender el proceso electoral de 1992, sorprendido por la fuerza y el arrastre de los candidatos del FIS. En esa auténtica caída del sistema, los militares argelinos

hicieron a un lado al gobierno del entonces presidente Chadi Benjedid, heredero político del legendario Houari Boumedienne, quien había unificado a las distintas facciones y grupos políticos surgidos de la guerra de independencia.

Así como Boumedienne fue una suerte de Calles, al dar a su país estabilidad política y establecer un régimen poco democrático pero relativamente abierto y plural, Benjedid pretendió ser un reformista y el hombre de la apertura. Desde su llegada al poder, tras la muerte de Boumedienne en 1978, Benjedid impulsó una serie de medidas que fueron relajando el control estatal sobre la vida política, social y religiosa, hasta llegar a 1990, cuando por vez primera el FIS obtuvo un triunfo arrollador en elecciones municipales.

Dos años más tarde, la misma tendencia en los comicios parlamentarios forzó la intervención del ejército y desde entonces Argelia no conoce la paz ni la tranquilidad. Se estima que en estos seis años de violencia han perdido la vida más de 75,000 personas, la gran mayoría no combatientes. Al principio, la violencia terrorista se dirigió contra las fuerzas del orden y funcionarios, después siguieron intelectuales y periodistas, más tarde extranjeros, después prácticamente todo aquel que se moviera.

El gobierno actual, encabezado por el presidente Liamin Zeroual, ha intentado enfrentar a la insurgencia islámica con una combinación de fuerza armada, elecciones locales y reformas políticas, descalificadas por observadores independientes por no ser suficientemente transparentes ni incluyentes, ya que el FIS continúa estando proscrito. Así, el gobierno argelino se enfrenta a las muy incómodas presiones de la opinión pública nacional e internacional, que lo acusan de no ser capaz ni de alcanzar un acuerdo político con los grupos islámicos moderados ni de proteger a la población civil de los ataques terroristas de los grupos más radicales. Como es costumbre en estos casos, a la crítica el gobierno responde poniéndose aún más a la defensiva y mostrando aún menos disposición al diálogo político.

No es la de Argelia una historia de blanco y negro, de buenos y malos. El gobierno ha cometido múltiples errores, empezando por la cancelación del proceso electoral de 1992 y siguiendo con su falta de disposición al diálogo, que debilitó a los grupos islámicos moderados, fortaleciendo a los más radicales y violentos. Nada de eso está en duda, si bien es válido preguntarse qué habría sucedido de haberse consumado el triunfo electoral de los islámicos en 1992.

Esto no es más que una muestra de los peligros que trae consigo el fanatismo religioso, acompañado por la incapacidad de gobiernos legalmente constituidos para combatir con la fuerza de la razón a grupos que, si pierden los argumentos, no dudan en recurrir a la violencia. Es el caso de España, donde décadas de violencia y de ineficacia gubernamental forzaron una respuesta masiva de la sociedad. Las multitudinarias manifestaciones que siguieron al secuestro y posterior asesinato de un joven concejal vasco no impactaron en su momento a la dirigencia de ETA, que pretendía intercambiarlo por el traslado de cerca de 500 de

sus compañeros presos. Ni siquiera la movilización, en Bilbao, de medio millón de personas logró modificar esa inflexible postura que llevó finalmente a la ejecución del joven político.

Lo que nadie esperaba, y seguramente menos que nadie ETA, fue la masiva e indignada respuesta de la ciudadanía vasca, de políticos cercanos a su causa e incluso de algunos de sus camaradas detenidos. En ya casi tres décadas de lucha armada nunca se había visto una reacción tal de la sociedad civil y de la mayoría de las fuerzas políticas españolas.

Estos casos ilustran claramente cómo en el crepúsculo de este siglo aún está pendiente la asignatura de la resolución política de los diferendos internos. Como pocos, estos dispares ejemplos nos dejan lecciones acerca de cuáles son los destinos a los que nos llevan los errados caminos de la violencia.

Uno de los principales riesgos de la violencia política, para quienes la practican, es el no saber o no poder medir las consecuencias de sus actos y el no saber cuándo detenerse. Si bien la violencia es por principio condenable, no hay duda de que en algunas ocasiones ha servido para llamar la atención sobre situaciones particularmente injustas que aquejan a una sociedad o a un pueblo. Hay casos en que la violencia y/o la lucha armada han servido a fines justos, y no podríamos imaginarnos el mundo moderno ni su actual división geográfica sin tomar en cuenta cómo se formó y transformó, casi siempre por métodos poco pacíficos.

Pero más allá del pragmatismo o de la moralidad que pueden servir para justificar el terrorismo o la violencia política, siempre según la propia moral del observador, el hecho es que los movimientos guerrilleros o terroristas se han ido adecuando a un nuevo entorno en el que el diálogo, la negociación y la razón son cada vez más fuertes que las armas. Muchas justificaciones se pueden encontrar para la violencia. Muchas también en su contra. Nos toca, pues, en este espacio, abordar un punto que no por áspero deja de ser fundamental para esa discusión: la lógica política de la violencia.

Si, como decíamos antes, las reglas del juego en el mundo empiezan a cambiar, si son cada vez menos eficaces los levantamientos armados y si el terrorismo sólo ha logrado generar, en épocas recientes, rechazo popular y cerrazón al diálogo, cabe preguntarse cuáles son las metas reales y concretas que persiguen los grupos armados. En Europa, pero también crecientemente en América Latina, la lógica de la violencia cede cada vez más el paso a la lógica de la política, de la negociación, de la presión social y a la de los votos.

Hemos visto cómo tanto en España como en Irlanda del Norte se levantan las voces en contra de la violencia que, en casi 30 años, poco ha resuelto. Vemos también cómo, en Perú, Sendero Luminoso y otros grupos se automarginaron de la vida política y permitieron a Fujimori convertirse en el héroe del día.

Vemos, en todo el mundo, cómo la cerrazón y la exclusión a nada llevan, mientras que la lucha política, tenaz, pacífica, obstinada incluso, se ve recompensada en los hechos. Sólo así, premiando a la política y castigando a la violencia, los pueblos y las naciones se hacen más fuertes y más justos. Más democráticos, menos vulnerables. Bienvenida sea esta nueva forma de ver las cosas.

La democracia es, para usar una frase trillada, el mejor sistema político, pero tiene un grave defecto de origen: no tiene mecanismos de protección ante los acosos de fanáticos e intolerantes que, de llegar al poder, acabarían con ella. Sucedió ya en Alemania, cuando Hitler accedió democráticamente al poder. Pudo pasar en Argelia, puede pasar en tantos otros lugares. En este fin de milenio, lleno de desagradables sorpresas, bien harán los regímenes democráticos en encomendarse al santo patrono de la razón y la cordura.

El autor es politólogo. Es comentarista sobre temas internacionales en el periódico Reforma y en el programa Para empezar.